

A M I S T A D E S

Las de la infancia: Lina Campuzano, Adela Tarafa, Elena García, Angelina Secouret.
De los estudios Emilio Martínez y Jorge Le Roy y Cassá. Del sector profesional: Dr.
Santos Fernández. De su círculo social: Matrimonio - Nuño - Urbach. Valiosa informa-
ción de la ágil periodista Hortensia Lamar, amiga de Laura y de sus hijas. Los vecinos
de «El Retiro».

Laura quería a sus amistades con cariño fraternal. Estas fueron, no muy numerosas, pero sí muy hondas. Y arraigadas durante largo tiempo. Casi toda la existencia.

En el orden de ellas hay que colocar entre las primeras, la de la familia Campuzano. Para que se comprenda cómo ésta llegó a ser entrañable, anótese este detalle: Laura estudió su primera enseñanza en el renombrado Colegio de Señoritas situado en la calle de Manrique, cuya propietaria y directora era Manuela de la Concha Duval. Mujer muy culta, profesora de piano y pedagoga. Ambas profesiones las cursó en España. Estaba casada con el señor Juan Campuzano Warner, Ingeniero Naval. Y tenía una sola hija. Esta se llama Lina.

Lina Campuzano era pues, compañera de aula de Laura en la propia escuela. ¿Es de extrañar que fuese la amiga predilecta de Laura? La misma maestra, la madre de Lina, el mismo ambiente escolar, las mismas condiscípulas. Si a esto se añade que Laura era la mayor de cinco hermanos donde la niña que le seguía —Candelaria— era la última de los cinco y por lo tanto mucho menor que ella, se advertirá que Laura se fundió en un abrazo amistoso con Lina, cual si fueran verdaderas hermanas. Así se consideraron siempre. Claro que eran muchas más las amigas de Lina. Angelina Secouret entre ellas. Esta fue discípula de piano de Espadero. El colegio tenía una gran matrícula entre externas e internas. Pero estos años de la niñez en el aprendizaje común

y bajo la dirección de Manuela de la Concha y Duval, madre amorosa de Lina profundizó en ella tal cariño, que al preguntar a la hija Elsie por las amistades de Laura nos contestó enseguida: Lina Campuzano. ¡Pero está tan viejita!

Ha sido para quien escribe estas líneas una gran suerte. Conocemos desde mucho tiempo a la familia De la Torre Campuzano.

A ella debemos principalmente las preferencias y cualidades esenciales. Lina y sus hijos —porque todos rivalizaron en el placer de obsequiarme sus recuerdos— nos han permitido reconstruir muchas de las actividades de la excelente amiga.

A los Campuzanos les viene el arte por herencia. La madre como se ha dicho profesora de piano y escritora. Al finalizar la instrucción primaria Laura, la madre de Lina se deshizo del colegio de señoritas y se trasladó a Europa. Pues bien, todo el tiempo que medió entre el deshacer la casa y embarcar contando desde luego el que fue necesario para tener listos los pasaportes y demás requisitos para el viaje, se los pasaron en casa de Laura. En Barcelona, Lina continuó los estudios de piano. Y al cumplir los quince años se casó con Gabriel de la Torre. Este, músico también y destacado compositor, con su bella esposa en luna de miel regresó a Cuba.

La tierna amistad entre Lina y Laura se mantuvo inalterable por medio de numerosas cartas. Y al regreso, por las continuas visitas.

Más tarde Lina se dedicó íntegramente a la enseñanza del piano. Los hijos todos cultivaron con éxito la música. Y si bien puede decirse que Lina Campuzano forjó varias generaciones de músicos ilustres, entre éstos y de los más distinguidos se contaron sus hijas Marta y Angela de la Torre. Cosecharon grandiosos éxitos en Cuba y en el extranjero. Angela era la pianista, que murió hace algunos años. Marta era la violinista que aun vive dedicada a la enseñanza de la música. Asimismo Elsie y Laura, hijas de Laura, estudiaron violín y piano.

Desde la cumbre de sus 93 años, Lina Campuzano, la pianista de los años idos, tiene momentos de lucidez. Entonces en su apacible hogar calle de San Lázaro 1001 esquina a Hospital en La Habana, rememora pasajes de su fecunda existencia. Es así, que en una pausa de sus males seniles, es motivo de conversación su querida amiga Laura. Esa tierna y dulce amistad que comenzó en la lejanía de la infancia y que perduró honda y viva hasta

el deceso de la entrañable amiga el 24 de enero de 1941, en su finca de recreo «El Retiro».

¿Era ésta la única amiga? No, por cierto. Las hijas de Lina, mucho más jóvenes desde luego, frecuentaban también la amistad de Laura. Su firme personalidad —además de inteligente y buena, era muy bella— despierta, aun transcurrido de su fallecimiento cerca de un cuarto de siglo tan viva simpatía, que repiten con entusiasmo: ¡qué encantadora, qué atractiva, qué inolvidable persona era Laura!.. .

En la fluctuante memoria de Lina, bien que auxiliada por sus hijas, otros nombres de amistades de Laura se hacen presentes: Adela Tarafa y Acosta, Angelina García, que murió hace algunos años en los Estados Unidos. «Formábamos un cuarteto» dice Lina y «siempre estábamos juntas». Adela siguió también estudios secundarios y en su oportunidad ingresó en la Universidad. Se graduó de Licenciada en Farmacia y realizó estudios de la Licenciatura en Ciencias Físico-Matemáticas. Más tarde estudió pintura y escultura, casándose con el también escultor y pintor Luis de Zéndegui y Gamba.

En los años de la viudez las relaciones sociales eran menos. La escuelita gratuita que fundó la hija mayor de Laura, María, y a la cual aquélla le infundió su máximo entusiasmo, le facilitó entablar amistad con las madres de aquellas familias pobres a quienes ellas les educaron sus hijos por espacio de más de 20 años. Entre éstas educandas tuvimos oportunidad de tratar a Mercedes Mérida que tiene para su recuerdo los pensamientos más dulces y agradecidos. Josefina Fernández, madre de Mercedes, es hermana de la esposa del Dr. Gutiérrez, Jefe de una de las cuatro familias de las cuales se hablará más adelante. Por ser vecinos durante tan largos años, ya que Josefina vino a habitar dicha casa con sus tres hijos y su esposo, la amistad se hizo más estrecha. Y si a eso se une que María le educó gratuitamente en su escuelita radicada en la misma casa de Laura, hasta completar la primera enseñanza inclusive con el sexto grado, se comprende cuántos esclarecedores informes nos ha proporcionado en relación con la destacada personalidad que estudiamos. Son ellos, Josefina y sus hijos los que nos han informado acerca de los últimos años, y de las habituales actividades de Laura. Ellos, que aún viven a la vuelta de «El Retiro», son los que nos han puesto en relación con los otros

alumnos. Son ellos, con su generosidad los que nos han permitido sacar copia de las fotografías de los distintos cursos con las anotaciones de la misma María. Con lágrimas en los ojos hija y madre, Josefina Fernández y Mercedes Mérida, nos han mostrado el bello álbum de fotografías que María les dejó al morir. Contienen los nombres de los alumnos, escritos a la vez en el reverso y en la propia página del álbum, * en previsión de extravío. Mostraron también pañuelos tejidos al crochet y al frivolité por Laura, regalos en distintas oportunidades a sus queridas vecinas. El joven Mérida conserva aún la cámara fotográfica con que se hicieron todos los retratos del álbum y que en su oportunidad hubo de regalarle María. En el capítulo correspondiente a la Viudez de Laura se tratará de la forma como se logró llegar a «El Retiro». Sólo se adelantará aquí que estos vecinos que establecieron lazos amistosos con la familia López-Martínez Carvajal vivieron en excelente armonía cerca de un cuarto de siglo, de 1917 a 1941.

La familia Hierro fue la primera que compró un cuarto de caballería de la antigua finca «La Rosa». Su predio lindaba con la Carretera Central; es pues la única que se divisa cuando alguien se acerca desde el exterior. Estaba constituida entonces por el señor Hierro, dueño del establecimiento comercial del mismo nombre, su esposa, su hijo Manolín y su nieta. Cuando Laura compró el terreno ya el señor Hierro había fallecido.

La familia Gutiérrez, que adquirió a su vez, un cuarto de caballería de la Finca «La Rosa» la formaban el Dr. Gutiérrez, abogado, su esposa, la Sra. Fernández y su hermana Josefina Fernández que vino a vivir con ellos llevando sus tres niños. Niños que se educaron en la escuela gratuita que fundó María y que alentó con todo su entusiasmo Laura. El hijo único del matrimonio Gutiérrez Fernández, que fue también alumno de dicha escuela, al terminar aquí la instrucción primaria siguió estudios secundarios y llegó a graduarse de Médico en la Universidad de La Habana.

Sólo falta referirnos a la familia Melero que adquirió el otro cuarto de caballería. Más adelante se hará referencia a la niña, discípula también de la escuelita que llegó a convertirse en celebrada artista. Uno de los varones, Pepito, que era el mayor, se casó con Flavia, la menor de las hijas de Laura. Murió, sin dejar descendencia. A él se refiere la lápida que se describirá cuando se trate de la tumba de Laura.

Estas son en resumen algunas de las personas que constituían el círculo amistoso que frecuentaba Laura en su finca de recreo «El Retiro».

Entre las amistades de la Familia Carvajal y del Camino es preciso señalar al Dr. Emilio Martínez y Martínez, que seguramente hubo de influir en la vocación profesional de Laura.

En múltiples ocasiones dejó constancia el Dr. Santos Fernández de su admiración y cariño para el Dr. Enrique López y su graciosa esposa, la Dra. Martínez de Carvajal, llegando a afirmar repetidas veces que aquél había sido el oculista más competente de su tiempo; pero fue aun más explícito en el emocionado discurso, pleno de afecto y dolor que leyó en la Academia de Ciencias Médicas el 10 de febrero de 1910, día de su sentido deceso.

El expediente académico de Emilio Martínez: es uno de los más extraordinarios. Comienza con el título de Bachiller en Artes, obtenido en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, con calificación de Sobresaliente, firmado por Don Ramón Blanco, el Gobernador General de la Isla de Cuba, con 17 años de edad, el 12 de noviembre de 1881.

Menos la primera asignatura que examinó en la Universidad, que sólo alcanzó la nota de Notable todas las demás obtuvo la nota de Sobresaliente. Además cinco premios debidos a oposiciones, que a la vez le merecieron matrícula de honor en los siguientes cursos. No contento con tan brillante historial se esforzó al máximo y ganó el premio extraordinario de la Licenciatura. A continuación emprende el estudio de las asignaturas del Doctorado en Medicina, las examinó con Sobresaliente en todas y se presentó a las oposiciones para el premio extraordinario del Doctorado en Medicina, que obtuvo.

Estudiando las fechas se observa que Emilio Martínez salía de Bachiller, cuando todavía estaba Laura estudiando los años correspondientes a la enseñanza secundaria, en el mismo Colegio San Francisco de Paula donde estudió el joven Martínez. Esto unido a las magníficas notas que Laura iba obteniendo, especialmente en Matemáticas y demás materias de las ciencias exactas, pudiera haber sido un aliento para que ella, tan jovencita emprendiera estudios de tan alta responsabilidad. Porque hay que reconocer que el círculo familiar y amistoso en las conversaciones periódicas, van influyendo en nuestros gustos, modulando de cierta manera

nuestras inclinaciones. Sólo con ver estas magníficas calificaciones y por apreciar la relación amistosa de éstos y probablemente de otros amigos de la casa, se puede comprender que Laura participaba de un estimulador ambiente de estudio y superación.

El Dr. Jorge Le Roy y Cassá ingresó como alumno interno en el Hospital San Francisco en el año 1883; justamente en ése inició Laura triunfalmente sus estudios en la Universidad. Si se piensa que él había empezado sus estudios médicos en el año anterior y que entonces la clínica hospitalaria se comenzaba en los primeros años de la carrera, puede concluirse que la amistad de ambos hubo de empezar en este período. Al recibirse Laura de Licenciada y casarse con Enrique López que era buen amigo y compañero de estudios del Doctorado de Le Roy, esta amistad se hizo más estrecha. Otros motivos acercaron aún más a ambas familias. Desde 1903 ejerció Le Roy y Cassá la dirección de los «Anales de la Academia de Ciencias», cargo que desempeñó hasta su fallecimiento el 22 de febrero de 1934. Y como desde la última década del pasado siglo Enrique López está en las fatigosas tareas de la publicación de los «Archivos de la Policlínica de Especialidades», así como de las ediciones de la «Oftalmología Clínica», era natural que la Biblioteca de la Academia de Ciencias, fuente natural de las investigaciones médicas, fuera punto de reunión para el joven matrimonio y para el buen amigo.

El ámbito que rodeó a Laura en sus fructíferos años de estudios ha podido ser restablecido con aproximada exactitud, principalmente por el valioso auxilio de la experiencia del Dr. Le Roy y Cassá. En efecto la publicación en el año de 1958 de su obra «Historia del Hospital San Francisco de Paula», tan documentada y prolija, que permite vivir los distintos períodos de la vieja institución, sitúan exactamente las actividades de Laura entre 1883 y 1889. Estas serán descritas en el capítulo referente a estudios universitarios. Por ahora, sólo se desea dejar constancia de la amistad del Dr. Le Roy.

La de Angelina García fue una amistad desde la infancia. Sus condiciones peculiares nos impulsan a una mención especial. Se trata de unos lazos amistosos muy setrechos que se prolongaron durante la juventud y siguieron en forma íntima hasta el fallecimiento de Angelina.

Esta se casó con un norteamericano y no fue muy feliz. Tuvo dos hijos que correspondieron sólo en parte al inmenso cariño paterno. La madre de Angelina de Hill que quedó al cuidado de Laura supo de su aprecio y de su generosidad. Primero Laura la llevó a su hogar. Luego corrió amorosamente con su sostenimiento. Siempre tuvo su efecto y sus desvelos. Por este comportamiento amistoso puede apreciarse la calidad humana de Laura. Y la alta comprensión que a su proceder le dispensaban los suyos.

Algo análogo puede decirse de Angelina Secouret, en otro orden de ideas, pero en igual plano de solidaridad. La madre de Laura que, como se ha dicho, era pianista guardó siempre una viva simpatía por Angelina. Desde los inicios comprendió la clara inteligencia y el talento musical. Esto se advertía enseguida. Le proporcionó pues, todas las facilidades. La invitaba el domingo todo el día, se quedaba a almorzar y a estudiar en el piano, con su amable dirección. Cuando hizo algunos progresos, le costeó un profesor de piano, el maestro Fornell, que desenvolvió sus privilegiados talentos. Después pasó a estudiar con Espadero, de quien llegó a ser una de las discípulas predilectas. Aún a los ochenta años Angelina Secouret conservaba su privilegiada memoria musical y una espléndida digitación. Después se dedicó al magisterio y preparó muy eficientes alumnas. Hace algún tiempo falleció.

Exprofeso se ha reservado para lo último la opinión de Hortensia Lamar, acerca de la exquisita personalidad de Laura. Es Hortensia escritora ágil y periodista amena. Por largos lustros en las más leídas revistas de Cuba —Carteles, Bohemia y Ellas—, sus artículos fueron de los más solicitados. Tuvo una amistad estrecha con Laura. La conoció por intermedio del Dr. Adolfo Nuño, abogado y notario. Este era el esposo de Rosalía Urbach y Lamar, familiar de Hortensia. El núcleo Nuño-Urbach frecuentaba de manera íntima el trato con el Dr. Enrique López y su esposa. Inclusive, el Dr. Nuño los asesoraba en el aspecto jurídico de las propiedades e inversiones del joven matrimonio.

En cuanto a nosotros, conocimos a Hortensia desde luengos años^a a través de los congresos de la mujer. En la mayoría de las asociaciones de progreso hemos laborado juntas. Confraternizamos, además^{en} la redacción de la Revista «La Mujer Moderna» que ella dirigía y en la cual hubimos de colaborar durante largo tiempo. Ese era el órgano oficial del Club Femenino de Cuba, entonces en

la vanguardia de las aspiraciones de la mujer. Pero cuando más nos tratamos fue después. Ella, inclusive, llegó a pasar largas temporadas en casa a la vez que yo la visitaba con mucha frecuencia en su acogedor hogar de la «Quinta Alicia» en el mismo corazón de Matanzas.

Antes de ahora muchas veces hemos recogido el sentir de Hortensia acerca de Laura. Y pienso que alguna vez ella habría abrigado la esperanza de escribir la biografía. Pero desde hace mucho tiempo está quebrantada su salud, estando imposibilitada de hacerlo. En esta ocasión que verá la luz este trabajo acerca de Laura y que quisiéramos sea lo más completo posible, hemos ido expresamente a la patria chica de Hortensia - —Matanzas— para adentrarnos en su pensamiento acerca de ella. He aquí la contestación a nuestras preguntas. ¿Qué impresión producía Laura Martínez y Carvajal? Conserva Hortensia su privilegiada memoria y esa su manera fácil y espontánea de actualizar la presencia de la persona de quien habla. Por eso a la anterior pregunta responde prestamente: «Grácil, de singular belleza, con ojos profundos de mirar inteligente, franca; pero no demasiado expresiva. Tratarla y quererla era lo mismo, tanta era la sinceridad de su más mínimo gesto. ¿Sabes que ella presentó testimonio ante el Dr. Nuño, notario de que su hijo Enrique había nacido el 27 de septiembre de 1897 en Nueva York, para su ingreso universitario? Yo estaba presente, porque no olvides que fui Secretaria de él durante algún tiempo en la notaría.»

¿Qué sabes de su labor en «El Retiro»? —preguntamos—. «Que fue de gran importancia y de hondo contenido social. Apasionada por la Botánica dióse a sembrar y a experimentar. Y no sólo en su predio, sino también enseñando y estimulando tanto a los propietarios de las fincas vecinas como a los modestos guajiros que cultivaban sus tierras por esos alrededores. Injertos, podas, fertilizantes, cuanto ella sabía y aprendía lo enseñaba generosamente a cuantos pudo.

Los rosales fueron objeto de su más cuidadosa atención y así los jazmines y las mariposas. Su benéfica influencia se sentía cada vez más. Y se sabe que cuando ella murió en el año de 1941 no sólo fue su familia a llorarla. Profunda emoción produjo su deceso.»

En el amor, ¿cómo era? «Una entrega total al esposo. Y sin el más mínimo deseo para ella. Ni aun para su nombre. Todo por amor a él.»

Horas enteras César Rodríguez Expósito, el destacado historiador y yo, hemos pasado leyendo página por página los diez y seis libros que encuadernados forman los «Archivos de la Policlínica de Especialidades» que fundó el Dr. Enrique López, el esposo de Laura. Se sabe, porque lo han dicho pacientes curados por ella, por las declaraciones de sus hijas y por otros testimonios, que ella trabajaba asiduamente a su lado. Que lo auxiliaba en todas las operaciones, que lo secundaba en los tratamientos, que quedaban a su cuidado muchos de los casos. La identificación era tal, nos ha dicho Elsie, que como el hablar fatigaba mucho a su padre, Laura con una mirada sabía el instrumental deseado y enseguida se lo alcanzaba. Pues bien, ni en el directorio profesional que aparece en casi todos los números, en ningún lado se encuentra el nombre de Laura.

«Oftalmología Clínica» de Enrique López, esposo de Laura, es una valiosa obra, publicada en 1890. En la misma se refiere al estudio de las enfermedades de los ojos, basado en mil casos. La segunda edición, que vio la luz en 1895 trata de muchos más que en el anterior y en la tercera que se publicó en 1906 se examinan ocho mil casos. Todos ilustrados con fotografías y dibujos. Dicen las hijas que éstos fueron realizados en su totalidad por Laura. Si se cotejan los que ilustran el trabajo de grado de Doctor en Medicina de Enrique López titulado «Hemorragias retinianas en los palúdicos» con aquéllas, se confirma que quien hizo éstos no pudo realizar aquéllos. Tan primarios y deficientes son unos como acabados y artísticos los otros. En estos tres volúmenes se lee: Oftalmología Clínica ilustrados con fotografías y dibujos, por el Dr. Enrique López. El nombre de Laura no aparece. De las afirmaciones de Hortensia Lamar se colige que quien hubiese oído hablar y apreciado la conducta de Laura con respecto a Enrique en todos los momentos, habría de comprender que se trataba de un amor de tales proporciones que no conocía límites.

La ausencia de su nombre en las páginas de la Revista «Archivos de la Policlínica de Especialidades» y en las producciones científicas de Enrique, en las que no obstante colaboró con eficacia, especialmente haciendo los numerosos y bien logrados dibujos a la pluma,

debe entenderse como un deseo de ella. Se considera que lo referente a la Refracción Ocular a ella se debe. Lo que es natural que así fuese por sus profundos estudios de Física Superior correspondientes a su grado de Licenciada en Ciencias Físico-Matemáticas. Esta actitud de renuncia al reconocimiento de su colaboración se debió sin duda alguna, afirma Hortensia, tanto a su modestia excesiva, como a su deseo de volcar todo su esfuerzo como prueba de amor en el haber del esposo. En esta forma era intensamente querido. Debe quedar muy lejos, dijo, que ese proceder se debiese a egoísmo masculino o como si ignorase o no reconociese Enrique los méritos y grandes virtudes de su esposa. .

Laura era muy femenina, tanto en sus gestos como en sus actitudes; así como muy modesta, y como si- no le encontrara valor especial a los espléndidos triunfos de sus estudios. Era sepcilla en el vestir, pero de indiscutible buen gusto. Nunca se le vio luciendo aretes y en general de prendas, pocas. En las frecuentes conversaciones algunas veces se le obsrvaba como de poca religiosidad o quizás libre-pensadora. Debe suponerse que tan identificada que estaba con su esposo, él también debió sustentar el mismo criterio.

